

El debate sobre las crisis se planteó como una oportunidad de reflexionar sobre las diferentes dimensiones de la actual situación, pero también, y sobre todo, acerca de las aperturas que las crisis posibilitan. Aperturas a otras propuestas, como la del decrecimiento, a otras opciones personales y prácticas políticas que reorienten una dinámica que parece dirigida al desastre. Este debate nos reunió por última vez con Anna Bosch, el sábado 29 de noviembre de 2008. Ella estaba ya muy debilitada por su enfermedad, pero participó en la sesión de la tarde aportando su original punto de vista que tantas veces ha alimentado nuestros debates.

Las personas que participaron en el debate fueron:

Pedro Arrojo: Fundador de los grupos ecologistas Ecofontaneros y de Coagret y de la Fundación Nueva Cultura del Agua. Recibió el premio Goldman por su trabajo de base en la defensa del medio ambiente. Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de Zaragoza.

Anna Bosch: Primera alcaldesa de Mollet del Vallès escogida democráticamente en el año 1979. Fundadora de Acció Ecologista y de los grupos Les Petras, Giulia Adinolfi y Dones y treballs. Colaboradora de la revista En Pie de Paz.

Oriol Leira: Ha participado en el Movimiento de Objetores de Conciencia y en el grupo Acció Ecologista. Fundador y redactor de la revista Illacrua. Participa en grupos de reflexión sobre el decrecimiento. Su vida profesional se desarrolla en la enseñanza.

Carmen Magallón: Fundadora de la Asamblea por la Paz y el Desarme de Zaragoza y de la revista En Pie de Paz. Ha participado en diversas iniciativas de mujeres por la paz. Directora del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza.

Stefano Puddu: En Italia y en nuestro país ha participado en las redes de movimientos sociales comprometidas con un proceso de transformación sociopolítica. A partir del 2006 se ha dedicado a promover la reflexión sobre decrecimiento. Colabora con la revista Illacrua y el semanario Gar, de La Garriga, donde trabaja como diseñador y publicista.

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

Enric Tello: Fundador de la revista En Pie de Paz y de Acció Ecologista. Historiador económico y ambiental. Catedrático y director del Departamento de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Barcelona.

Por Betiko Fundazioa: **Alfonso Dubois, Ramón Zallo, Isabel Ribera, Elena Grau y Pedro Ibarra**

Enric Tello: Valdría la pena empezar pensando en el contexto de la discusión que vamos a tener hoy, dándose cuenta de lo rápido que cambia el contexto. Estoy seguro que cuando, desde la fundación, decidisteis que el debate de este año fuera sobre los recursos, o el déficit de los recursos, el tema estaba absolutamente encima de la mesa, con una serie de acontecimientos. Por ejemplo, el informe de Nicolás Stern sobre el cambio climático que llevó a la discusión sobre si podemos pagar el cambio climático. O, digámoslo al revés, ¿cuánto costaría no hacerlo? Luego entró en la discusión la crisis alimentaria, el encarecimiento de los alimentos, el problema de los agro-combustibles. Por debajo de esto, aunque algo menos, estaba el encarecimiento, no sólo de los alimentos, sino de los minerales, por ejemplo, el cobre. Se trata de un cambio de tendencia que visto históricamente es muy fuerte. Era la primera vez que ocurría esto desde hacía mucho tiempo. También el petróleo llegó al punto más alto; claro, en términos absolutos siempre es el punto más alto, en los relativos no lo es tanto, pero de repente todo el mundo hablaba del fin del petróleo. Luego vino la crisis financiera, entramos en recesión, de repente cambia totalmente el panorama y ahora parece que tenemos que hacer una discusión que ya no toca. Parece que ya no tenemos crisis de los recursos, esta crisis ecológica omnipresente, de la que la economía, en su autismo, no se entera. Esto me induce a una reflexión y a una propuesta: hablar del tema que teníamos que hablar hoy y abordarlo desde dos puntos de vista siempre simultáneos. Uno es pensar qué está ocurriendo con las tendencias. Pero, tan importante o más que esto son las percepciones. ¿Cómo percibe la gente la situación? ¿Cómo la percibimos cualquiera de nosotros en nuestro entorno? ¿Qué ocurre con el agua? ¿Qué ocurre con la energía? ¿Por qué los precios del petróleo suben y luego bajan? ¿Van a subir o van a bajar? Todo esto forma parte de la discusión.

Stefano Puddu: La percepción pública está muy condicionada por el mundo de los medios de comunicación, es una percepción en parte tecnificada. Se percibe una parte del problema, siempre la parte más a corto plazo, las medidas inmediatas y no hay una comprensión en profundidad de los temas. En todo caso sería muy importante, para hablar de estas tendencias, fijarnos realmente en movimientos que no son de plazo breve, sino tendencias más amplias. Desde hace dos años o tres, Oriol y yo hemos estado intentando reflexionar sobre la palabra «decrecimiento». Se trata sobre todo de una alerta sobre la tendencia general de un sistema económico que se movía y funcionaba según la racionalidad de que todos los indicadores crecieran de una forma continuada. Ahora lo que está en duda, no por la teoría sino por los

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

hechos, es que esto pueda funcionar, pueda seguir funcionando. Dicho en pocas palabras, todo esto acarrea muchas consecuencias y, en particular, debido a la inercia de un sistema que, en principio, no se está planteando frenar. Por lo tanto, su frenada se va a producir porque el sistema se va desmoronando a trozos, porque se le van cayendo las piezas.

Carmen Magallón: Desde una mirada de alguien de la calle, en cuestión de recursos, tú vas al supermercado y hay de todo. Además en tu casa tienes luz, tienes agua. Es decir, la gente no percibe que la crisis de recursos sea tan grave porque su vida continúa igual. En esta situación, no sé qué mecanismos hay para transmitir que realmente pasa algo. Porque, de hecho, en esto no ocurre como con los bancos que no te dan un crédito. Te están dando agua, luz y de todo. Depende, pues, de que te creas o no los discursos acerca de que hay un cambio climático.

Alfonso Dubois: La aceptación de un marco con limitaciones impuestas por la naturaleza presenta un panorama contradictorio. Rogoff, destacado economista que ocupó un puesto relevante en el Fondo Monetario Internacional, criticaba duramente a los gobiernos cuando ante la crisis dicen a su ciudadanía que no se preocupen, que van a ser capaces de relanzar, nuevamente, políticas keynesianas que harán que vuelvan los tiempos anteriores. Pero no se dan cuenta que hoy el problema es otro y que ya no tiene sentido este tren desbocado de la economía. Lo que hay que plantearse es que se ha acabado una época y que empieza otra. Por eso, no hay nada más deseducativo que este proceder de todos los gobiernos, sean de derechas o sean de izquierdas, que engañan a la población con el mensaje de que en un año o dos volveremos a la situación de antes. Esto no puede ni debe ser. En mi opinión nos encontramos con dos retos fundamentales. Uno, hasta qué punto se puede armar el nuevo marco que entienda las actuales constricciones. Para hacerlo necesitamos una nueva referencia del concepto de desarrollo, una redefinición de las prioridades. Dos, cuáles son los procesos que nos pueden llevar a ese cambio y tomar conciencia de la actual carencia de plataformas e instituciones válidas para ello.

Ramón Zallo: En el campo de las percepciones, la gente es en general razonable. A largo plazo, todo el mundo está ya concienciado por lo menos en el aspecto medioambiental; a mi me parece que eso es una adquisición colectiva, del conjunto de la población. Pero también es verdad que en el terreno de las respuestas se pueden dar respuestas falsas. Por ejemplo, lo que se está planteando ahora sobre la vía nuclear como salida a la problemática energética, con el argumento de ser autosuficientes y autónomos en recursos y no depender de una sola fuente o de abaratarla. Por otra parte, en el terreno de las rentas, la gente tiene ya miedo. La crisis no la nota en el supermercado, pero sí la nota en que hay expedientes de regulación, en que aumenta el paro, etc.

Oriol Leira: Esta lucha la está librando el sistema con todo el armamento que tiene a mano, con toda la eficacia posible. La idea de poner en standby todos los problemas medioambientales mientras no salgamos de la crisis está empezando a empapar la opinión pública, a la gente de a pie. Digo esta primera idea porque para mí es muy importante y pienso, además, que ahí nos están ganando la partida abiertamente. Hay una obsesión real por mostrar que sí sabemos lo que es la crisis, pero continuamos ofreciendo la imagen de que no nos afecta, que no pasa nada. En segundo lugar, hay esta especie de optimismo sobre el poder de la tecnología; creer que la tecnología lo arregla todo. Ya por último, a mí me preocupa especialmente la desconexión del consumidor del primer mundo con respecto a lo que está aconteciendo en otras zonas del planeta. Mucha gente dice, «bueno, las posibles desgracias futuras se evitarán, se encontrarán nuevos caminos, no hay que ser apocalíptico». Ese imaginario cuesta mucho de combatir y, por tanto, a veces con respuestas muy radicales se puede producir el efecto inverso. Por otro lado, respuestas muy blandas también pueden colaborar a banalizar y hacer crónicos los problemas, sin posibles cambios en las actitudes y los hábitos. Es muy complicado encontrar un equilibrio.

Pedro Arrojo: Lo que acabas de decir sobre la tecnología, a mí me sale continuamente en el tema del agua. La arrogancia tecnológica nos ha llevado a pensar que todo tiene una solución técnica y que nuestro propio impacto se va a resolver con el siguiente paso de la técnica. Sabemos que no es así, o lo sabemos muchos pero no conseguimos explicárselo a la gente, aunque tenemos suficiente claridad argumental para ganar terreno cada día en nuestras explicaciones. El cambio climático es una evidencia del asunto. Se trata de que el discurso y la propuesta que generemos no sólo nos encante a nosotros en nuestro intelecto, sino que tenga palancas para mover la convicción de sectores sociales amplios.

Enric Tello: La cultura del agua sería un buen ejemplo de lo que estás planteando. Un contra-imaginario colectivo emergente, pequeño, sectorial, pero que poco a poco lo inunda todo, como el agua, lo toca todo y, por tanto, acaba afectando a bastantes elementos y tiene cierta capacidad globalizadora. Se habla de nueva cultura de la energía, nueva cultura de los materiales, nueva cultura del territorio. El problema es si en relación a la percepción que se tiene de la crisis —o de las crisis—, estamos llegando a tiempo, si estamos teniendo la capacidad suficiente para librar este pulso con el otro imaginario, el que construye el mercado capitalista que permanece básicamente autista ante lo que ocurre fuera de él. Por ejemplo, deberíamos preguntarnos por lo fantasmagórico y lo real que hay en este renacimiento nuclear que mencionabas. El primer problema: no hay uranio. El uranio, hablando de recursos, es muchísimo más escaso que el petróleo. Frente a la crisis energética, al agotamiento y el encarecimiento del petróleo, la opción nuclear puede ser viable para unos pocos estados, los que se queden con el poco uranio que queda. Para el conjunto del mundo, ni hablar.

Carmen Magallón: Con respecto al imaginario colectivo acerca de cómo vivimos, ¿Seríamos

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

capaces de pensar y diseminar nociones de decrecimiento que mejoraran nuestra forma de vida? En esta sociedad, estamos viviendo una especie de determinismo tecnológico. Asumimos aparatos y ritmos que nos imponen: tenemos más comunicación de la que podemos digerir, más velocidad de la que va bien al cuerpo. En parte es una vida enajenada por las tecnologías que nos vienen dadas.

Stefano Puddu: Estamos ante una crisis multidimensional, lo que de hecho hace que sea propiamente una crisis, porque si afectara sólo a una dimensión sería un problema, ante el cual se puede intervenir para intentar resolverlo. Pero los desajustes están en muchas dimensiones que tienen tiempos diferentes, algunas son más rápidas, otras de cauce más lento, pero ahora están colapsando, en el sentido de que las diferentes crisis se están superponiendo la una con la otra. Este sistema no funciona bien para satisfacer las necesidades de todo el mundo con los recursos de que disponemos y ahora empezamos a sufrirlo en carne propia, entonces se nos disparan las alarmas. Hemos vivido un siglo, o un siglo y medio, de desarrollo económico subvencionado energéticamente, con una aportación energética estructural de importancia enorme. ¿Qué significa esto? Que todo lo que ahora consideramos normal en el funcionamiento económico, con sus derivados sociales y políticos, lo ha hecho posible esta subvención energética, pero no somos conscientes de ello. Es un handicap que tenemos, porque seguimos queriendo defender unos privilegios, que ya forman parte de nuestra normalidad, aunque en realidad es dudoso que se puedan mantener. Tenemos un rechazo mental a la escasez, nuestro imaginario sólo admite la abundancia. Y esto porque la actividad humana se ha sacado fuera de la esfera de la vida. La pregunta ya no será estrictamente ¿cómo queremos vivir? sino ¿cómo podemos vivir? Y, dentro de lo que podemos vivir, cómo queremos vivir. Pero las necesidades se nos pondrán otra vez por delante: lo que es vital para las personas tendrá que venir antes de lo que es vital para la maquinaria económica. En este sentido, el agua, el alimento, son temas de importancia primaria. La energía también lo es porque de alguna forma es lo que nos hace funcionar. Una de las fragilidades estructurales es, por ejemplo, la del suministro; en este momento los canales de suministro son más frágiles de lo que nos parece. Otro tema que no sabemos como abordar es el de la población porque es difícil de manejar, pero sigue siendo una de estas variables que se interponen en nuestros intentos de planificar lo que sea, incluso lo que sería una transición. Entre las cosas que no son muy sostenibles en nuestro planeta está también la población; la relación entre espacio, recursos y población, porque la población ha ido perdiendo sus formas de autorregulación.

Pedro Arrojo: En cuanto al tema de la población, ahora no es que haya demasiada gente, todavía. ¿Se puede satisfacer desde el punto de vista alimentario? De sobras. ¿Se puede tener agua? De sobras. Todavía tenemos margen, lo malo es que al final no habrá margen. El problema es que, tal como se está distribuyendo, los límites se aceleran. Los límites se presentan como ingobernables y salta la crisis. El modelo de distribución urbana, el modelo de distribución de la riqueza, aquí es dónde va a volver a emerger el problema. La cuestión no es si tenemos suficiente o no; es mantener una distribución inequitativa que permite la suficiencia de quien tiene el poder. Entonces aparece el problema democrático, en el marco del mundo

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

globalizado, que da como resultado fenómenos como las migraciones o la superpoblación en las grandes ciudades. Los pobres se mueven como respuesta a la inequidad y los ricos ya no pueden aislarse.

Enric Tello: El desajuste entre las tecnologías dominantes y las necesidades de las personas es tal que violenta incluso nuestros cuerpos, violenta nuestras almas, nuestra sociabilidad. Estas tecnologías son mentirosas en el sentido de que están subvencionadas, no podrían funcionar sin la cantidad enorme de energía artificialmente barata que las está propulsando. Digo artificialmente porque no se está pagando, no sólo el impacto ecológico, no se está pagando su reemplazo en el tiempo. ¿Podría ser sostenible la explotación de un recurso no renovable como el petróleo? Aparentemente es una contradicción en los términos: cada barril que quemamos es uno menos que queda para las generaciones futuras. Sin embargo, ¿sería sustentable? Sí, si por cada barril que quemamos el precio de ese barril incorpora la inversión en un sistema sustitutivo renovable, por ejemplo, parques eólicos, sistemas solares, etc. que generen el mismo servicio para las generaciones futuras. ¿Se está haciendo esto? No, no lo hemos hecho jamás. El sistema se encuentra, y tiendo a pensar que por eso genera burbujas especulativas como lo está haciendo, con un problema de sustitución. Por eso sigue buscando engendrar monstruos y está pensando en relanzar la nuclear, aunque eso tiene claros elementos fantasmagóricos porque no hay uranio. Las energías renovables funcionan y están ahí. Tendrán el precio que tengan, pero funcionan. Las tecnologías de uso más eficiente del agua están ahí y funcionan. El capital no tendría que estar dirigiéndose a buscar burbujas especulativas que luego son una indigestión que vomitamos destruyendo riqueza. ¿Porqué no se invierte en esto? Con este gigantismo de las grandes empresas, toda la estructura está deviniendo incapaz de aprovechar las oportunidades. Dicho en términos marxistas clásicos: las relaciones capitalistas de producción están impidiendo no un crecimiento de las fuerzas productivas, como decían Marx y Engels, sino su decrecimiento; porque no necesitamos el crecimiento de las fuerzas productivas, más bien necesitamos lo que Stefano y Oriol y toda la gente con la que están en contacto llaman decrecimiento. ¿Por qué lo impiden? Pues porque va a contrapelo de la lógica con la que funciona este sistema. Todavía no hemos conseguido articular unas dimensiones con otras en un imaginario colectivo suficientemente global que proyecte otra manera de vivir y de convivir. Una manera de vivir que recupere el sentido de la escasez y de la escala adecuada de las cosas y que incorpore otras tecnologías que nos permitan vivir de otra manera y que podamos controlar. Si seguimos por el actual camino, yo creo que la posibilidad de colapso es real.

Oriol Leira: ¿Qué podemos hacer nosotros para cambiar este mundo? Hacer pedagogía desde una perspectiva multipolar: el agua, la energía, etc., con todas las dificultades que esto conlleva. Una de las luchas importantes, cuando se pelea por el imaginario, a un nivel más práctico, es la lucha por el destino de las inversiones públicas. Ya sé que la economía social, las cooperativas, juegan un papel muy importante, sin duda está muy bien y hay que impulsarlo, es una semilla que todos deseamos que se convierta en un árbol muy robusto, pero creo que la lucha decisiva en estos momentos hay que librarla por las inversiones. Es decir,

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

tenemos que conseguir que las inversiones públicas no vayan a manos de quién van a parar. Tenemos que pedir al sector público, literalmente, decrecer. El movimiento por el decrecimiento lo que ha hecho es destapar el problema y avanzar en el catálogo de posibles soluciones, pero como la dimensión ética y política está supeditada, secuestrada, por el economicismo predominante, es muy difícil hacerlo visible.

En mi opinión, la única vía para conseguir que la ética y la política se pongan por delante de la economía es que el sector que en estos momentos mueve más dinero y más recursos, que es el público, se gestione priorizándolas.

Carmen Magallón: ¿Qué pasará con el empleo? Es lo primero que preguntan, ante la propuesta de decrecer. Me gustaría que habláramos de cómo contestar a esto.

Pedro Ibarra: El decrecimiento se asocia evidentemente con temas de supervivencia, de justicia y equidad. Pero también hay otra vertiente del asunto, la de conseguir una vida buena, en el sentido filosófico del término. Esta sería la parte más positiva. Tal vez no sea una necesidad, pero el decrecimiento, además de por razones ecológicas, es bueno porque vamos a ser más felices.

Pedro Arrojo: Doy algún ejemplo muy pequeñito en el tema del agua. Mientras que el hormigón no genera ningún avance tecnológico, invertir en energías alternativas —depuración, osmosis inversa, etc.— poner el acento en el tema de la calidad, eso crea más trabajo y al final de ese proceso se genera menos consumo en el sentido biofísico. Es un ejemplo parcial y no sirve como fórmula extrapolable a cualquier otra cosa, pero conecta con esto que estamos diciendo. ¿Hacia dónde va a ir la inversión pública? El político la va a dirigir al sitio más fácil: inaugurar el siguiente pantano es un mecanismo conocido y tiene garantizado un impacto social inmediato. La pelea debe ser para que la inversión pública no sea miope sino inteligente; para que conecte, no sólo con la emergencia, sino con la importancia de hacer una transición a un modelo sustentable o sostenible, con inversiones en tecnologías gobernables y eficientes que apunten hacia retos de sustentabilidad y que vayan orientadas hacia el decrecimiento. Las tecnologías tienen que empezar a conectarnos con un mundo que consume menos pero que es más feliz. Y ahí tenemos un reto de imaginario colectivo que apenas hemos empezado a alumbrar. Pero ya hay ciertos ejemplos y ciertas realidades que empiezan a ser comprendidas, aún estando lejos de ser el imaginario dominante.

Elena Grau: Hay que hacer un trabajo en torno al consumo que debería ser en relación a la

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

escasez de recursos pero también a tener una vida buena. Tenemos que cambiar la forma de vivir no sólo porque hay que tener conciencia del límite, sino porque tenemos la posibilidad de vivir mejor. Son las dos cosas. Tener la posibilidad de vivir mejor se puede conectar con lo que ahora estaba diciendo Pedro Arrojo sobre las tecnologías; determinadas tecnologías requieren más trabajo y esto hay que plantearlo como bueno. La vida buena es la vida social que pone en el centro la vida de las personas, de cada persona y la vida en relación. Y toda la actividad que tiene que ver con cubrir necesidades de personas que no sean necesidades de objetos, de ir al supermercado y llenar el carro de tonterías, es intensiva en trabajo. Son trabajos no sustituibles por tecnología porque pasan por la relación entre las personas. Todos estos giros se deberían producir a la vez: la conciencia del límite, la difusión de nuevas tecnologías, pero sobre todo la idea de que podemos vivir mejor. Lo que se trata es de querer vivir mejor, esto es lo importante, y para vivir mejor hay que poner en el centro la vida de las personas.

Pedro Arrojo: La coyuntura de escasez y la reacción necesaria ante esa escasez, la podemos transformar en virtud, en cultura y en orgullo. Es decir, en imaginario positivo. En un momento como éste, la idea de consumir menos y mejor para ser más felices quizá tenga más posibilidades de llegar a ser entendido, si no por mayorías todavía, sí por minorías muy significativas que ya lo han empezado a entender. Este es un buen momento para transformar en positivo lo que hasta ahora se ha visto como negativo.

Alfonso Dubois: Cuando decimos que lo alternativo es lo otro, debemos tener claro que no hay un único otro. Cuando se dice «la otra globalización, el otro mundo», se trata de una forma distinta de pensar, de la que deberá surgir una infinidad de cosas que necesitaremos saber cómo armonizar. La pregunta fundamental en la propuesta nueva, alternativa, abierta, es ¿cuál es la vida que merece la pena vivirse? Esta cuestión hay que formularla y no tenemos que esperar a tener la contestación para empezar a actuar. Los fundamentos irán surgiendo; queremos buscar una sociedad que sea posible, que sea la que queremos dentro de las posibilidades que tenemos. Y dentro de esta preocupación, la desigualdad es un tema central. A veces no la tomamos suficientemente en consideración. Se trata de asumir una posición beligerante. Por ejemplo, un informe de la UNCTAD sobre la tecnología en los países menos adelantados señalaba que no sirve de nada conseguir tener una tecnología renovable si no somos capaces de distribuirla equitativamente. Hasta hace poco se decía que el mundo estaba caminando hacia una menor desigualdad. Ahora el mismo Banco Mundial ha revisado la metodología de su cálculo y se ha descubierto que habíamos contabilizado mal lo que ocurría en China y la India y se había sobrevalorado en un 40% sus resultados de crecimiento. En resumen, que somos más desiguales que antes y que no está tan claro que la pobreza disminuya. Esa misma revisión supuso reconocer que no había 900 millones de pobres por debajo del dólar al día, sino que eran 1.400 millones, es decir, teníamos 500 millones más. Todo esto nos obliga a preguntarnos si de verdad queremos afrontar la desigualdad. Este es el gran reto de nuestro tiempo. Hoy la desigualdad no sólo es una injusticia, sino que no se aborda porque es necesaria para mantener el status quo. Tocar la igualdad es tocar el sistema.

Ramón Zallo: Hay toda una línea de desarrollos tecnológicos que han traído efectos positivos en las comunicaciones particulares y que además no han ido contra lo que podríamos llamar la cultura agorafílica. Quiero decir que los mismos que están todos los días muchas horas chateando con sus amigos y amigas, que además hurgan información cultural preferentemente en Internet —los vídeos son información cultural por Internet— van los fines de semana a los conciertos y salen. Es decir que en ciertos campos, la tecnología favorece niveles de relación social horizontal significativos. En algunos países de recursos limitados y de población pequeña, se plantean incluso la innovación tecnológica como una estrategia de desarrollo que sustituiría el modelo industrialista de exportación de grandes recursos para especializarse fundamentalmente en conocimiento. Entrar en este debate, que tiene que ver con las inversiones públicas y hacia dónde se dirigen, en qué se especializa un determinado país desde el punto de vista productivo, si se aplican modelos de gobernanza para gestionar la innovación, es abordar un ámbito de interés y no se realizará de manera fácil. Apostar por la innovación puede permitir partenariados curiosos entre sectores económicos, empresariales, públicos, agentes del conocimiento, de cara a conseguir que un país haga la apuesta por la innovación en la medida en que también la haga por un modelo de país. En cambio me parece más difícil que sea aceptada la idea, que comparto, del decrecimiento. Tiene que ser un modelo operativo, funcional, que además traiga vida buena, traiga gobernanza, sea participativo. Pero me cuesta ver cómo se hace desde los mimbres de una crisis económica profunda como la de ahora y si no trae consigo una redistribución de la renta, lo cual significa que para tener esa alianza social necesitas confrontarte aún más con el sistema. Así que no minimicemos el problema de encontrar un modelo, hay que encontrar también los aliados, los agentes que lo confeccionen y sabiendo también dónde se mete uno habida cuenta de lo que ha habido hasta ahora.

Enric Tello: Yo quería volver a la pregunta acerca del papel de las administraciones públicas y la inversión pública. ¿Esto quién lo hace? O sea, el sujeto. Está la cuestión política, de toma de decisiones políticas. Necesitamos que las administraciones públicas jueguen un papel muy importante, de hecho, creciente. De alguna manera lo que está reclamando Oriol es más socialismo, más protagonismo del sector público, de la inversión pública. Bien, yo estoy a favor. Ahora, el problema es de nuevo ¿Quién lo va a hacer? ¿Cómo vamos a entendernos con esta gente para que hagan inversiones públicas favoreciendo una transición hacia la economía sus-tentable, si a la vez les estamos atacando permanentemente? Es una contradicción. ¿Cómo salimos de este lío? Creo que necesitamos iniciativas en transición, actividades en transición, comunidades en transición, etc. Pero necesitamos, a la vez y simultáneamente, lo que yo llamaría un programa mínimo común. Este programa mínimo debe ser muy pactista, muy reformista. Debe establecer prioridades sobre todo a corto plazo para ir avanzando poco a poco, para que lo pueda compartir mucha gente y su función fundamental es cambiar las tendencias dominantes, flexionarlas. Este es un trabajo que se tiene que hacer y que surgirá de una dialéctica siempre conflictiva, pero también dialogante, entre movimientos sociales que reclaman cosas y decisores políticos que tienen que tratar de asimilar, aprender e incorporar cambios de dirección.

Mi impresión es que con esto no va a bastar. Es necesario que simultáneamente haya un pequeño motor, lo que yo llamaría minorías motoras con capacidad experimentadora. Con un campo de fuerzas como el que he definido y para avanzar con programas de objetivos mínimos a corto plazo, necesitamos una línea de horizonte más amplia, que se ensanche, y gente que empiece a caminar hacia esta línea de horizonte. No avanzar doctrinariamente, porque yo creo que estamos hartos de doctrinas, sino con experiencias. Lo que necesitamos son experiencias que muestren que es posible, gente dispuesta a ir más allá de lo pensable o pensado; por ejemplo, el decrecimiento. ¿Cómo conjugar esto? Pues en dos tiempos también distintos. Gente que empieza a ir en esta dirección mostrando que es posible y que contamina por imitación, que convence por experiencia más que por discurso o, en todo caso, por discurso vinculado a la experiencia. Y luego ir también reclamando a las administraciones públicas que inviertan dónde deben. Ir jugando con los dos elementos, esa sería mi sugerencia.

Pedro Ibarra: Convencerse de que hay otros que están haciendo cosas diferentes que funcionan bien y, además, están viviendo a gusto. Esto puede tener una dinámica a veces complicada porque te sitúa en el riesgo de los islotes. ¿Cómo haces ese salto? Hay que convertirlo en virtud, pero basarlo en la experiencia.

Stefano Puddu: El decrecimiento en sus comienzos se planteaba como una opción feliz, convivencial. La revista francesa sobre el tema tenía como subtítulo «la joie de vivre». También hay un autor italiano que ha escrito un libro con el título, *La decrescita felice*. El último libro de Latouche ha moderado este adjetivo y se titula, *La decrescita serena*. ¿Por qué? Porque yo creo que es bastante consciente de que el cambio del imaginario puede, efectivamente, producirse por el impacto de experiencias positivas, pero también puede producirse por el impacto de imposibilidades, por el impacto de experiencias negativas. Quería tratar ahora la cuestión del trabajo. Hemos construido un círculo en que el trabajo te da derecho a un sueldo que te permite un consumo. En medio de este círculo, en el principio había la producción, un aparato productivo que permitía a los trabajadores trabajar, producir unos bienes y comprarlos con el sueldo. Luego hemos vivido la situación de que el sistema productivo cada vez necesita menos trabajadores para generar los productos que luego habría que comprar. Esto ha hecho que se tengan que crear trabajos de servicios, para seguir teniendo un sueldo, para seguir consumiendo esos productos. La consecuencia de este círculo cerrado es una pérdida en lo que es el tiempo de vida de las personas. Estar dentro del círculo del trabajo asalariado orientado al consumo de bienes producido por otros, nos ha llevado a una forma de vida en la que tenemos un esquema de semana con horarios determinados. Hay una pérdida de tiempo de vida y una desconexión con nuestra realidad más profunda, más vital. Todo esto ha dejado de satisfacer nuestras necesidades como personas, porque somos personas más allá de lo que la maquinaria del sistema nos pide que hagamos. Romper este mecanismo forma parte de la tarea que nos queda por hacer. No es una respuesta ya hecha, el proceso de respuesta pasa por romper un mecanismo. Yo creo, por ejemplo, que una parte del cambio consiste en liberar

parte de nuestro tiempo y dedicarlo a otras cosas que no sean simplemente tener el sueldo para pagar nuestras facturas mensuales, aunque también lo tengamos que hacer.

Uno de los conceptos importantes en el ámbito del decrecimiento es la relo-calización de las actividades. La división del trabajo en un entorno que va hacia un declive energético la tenemos que organizar en espacios más reducidos. Ya no puede ser una división tan internacional del trabajo. Tenemos que organizarnos en comunidades más pequeñas para repartirnos tareas de una forma que maximice el buen uso de los recursos y la satisfacción de las necesidades de las personas que conviven en esa comunidad. Para conseguir este reto hay que buscar las complicidades de toda la población, creo yo que este es el camino.

Oriol Leira: ¿Por qué la gente no se siente feliz? Es el modelo de vida que tenemos. El modelo de vida es lo que tenemos que replantearnos. Tenemos índices de consumo altísimos y la gente se siente profundamente infeliz. Desde hace tiempo ha irrumpido el concepto de insatisfacción que forma parte del mismo sistema en el que vivimos. El motor del modelo es sentirse insatisfecho con todo cuanto uno tiene para tener más y esto es como una especie de espiral inacabable. Es conveniente, pues, cambiar a algo mejor porque en estos momentos la gente se siente infeliz. Cuando se habla del decrecimiento hay una sospecha, ¿no habrá una voluntad de volver a esas sociedades preindustriales, a esa mentalidad? Porque en el fondo lo que se desea es esta sociedad consumista y mercantil. Pero no se trata de volver a los modelos sociales anteriores, a esas comunidades idealizadas, etc. No, está claro que el decrecimiento propone abrir caminos nuevos y, en ningún momento, volver a modelos anteriores. Eso sería muy importante aclararlo.

Elena Grau: Cuando oigo que el imaginario del trabajo se reduce al ingreso monetario como capacidad de consumo y que esto supone pérdida de tiempo de vida, lo primero que me digo es que este es el imaginario masculino del trabajo. Un imaginario en el que trabajo se iguala a trabajo asalariado, es decir, trabajo es igual a empleo; y el empleo es el eje de la biografía masculina, la actividad para la cual los hombres están plenamente disponibles y que se remunera con dinero. Aquí hay una puntualización que me parece importante, porque las mujeres realmente tenemos una experiencia diferente del trabajo que se traduce en una gran dificultad de gestionar los tiempos tal como están establecidos, precisamente porque tenemos una presencia social simultánea en dos esferas, la de los trabajos gratuitos de cuidados y la del empleo. En nuestro mundo todo gira alrededor del mercado de trabajo y como una parte de la reflexión feminista alrededor de la emancipación se ha hecho para ser iguales —¿iguales a qué? a lo masculino—, esto ha llevado a muchísimas mujeres a no pensar críticamente el imaginario masculino del trabajo, con el resultado de vivir importantes contradicciones a lo largo de su biografía, entre ellas el problema del «hambre de tiempo». El predominio de la organización masculina del trabajo y de los tiempos está llevando a dejar el cuidado descuidado. Está llevando a una crisis de los cuidados. También ha supuesto esa pérdida de

tiempo de vida, en la que en realidad lo que estamos perdiendo es el tiempo de la experiencia, el tiempo que permite dar sentido a lo que hacemos. Éste es el tiempo que hemos perdido, no el de hacer actividades, sino el tiempo de poder elaborar la propia experiencia para disfrutarla y darle sentido. Si fuéramos capaces de conectar todos estos discursos e ir abriendo un territorio para ir pensando y poniendo en el centro otras cosas como la elaboración de la experiencia, el dar sentido, la importancia de la gratuidad, creo que habría gente que se apuntaría. En particular mujeres, porque ellas están en un momento de fractura en el que quieren mantener la incorporación al mercado de trabajo, entre otras cosas por la necesidad que impone la vida monetizada, pero no quieren abandonar los cuidados. Seguramente, si hubiera otra línea de sentido, la sostendrían, porque tienen clarísimo que ha habido una pérdida con la desvalorización de la esfera de la gratuidad. Pienso, pues, que puede ser muy fructífero el encuentro entre los planteamientos del decrecimiento y los que se han ido desarrollando desde el feminismo.

Carmen Magallón: En el mundo de las mujeres, efectivamente, hay muchas ideas y muchas cosas que chirrían porque todo ese mundo del cuidado y los afectos no se hace visible y común. Y no basta con la conciliación. En la idea de conciliación hay muchas contradicciones. La primera es que se piensa que es sólo para las mujeres. En segundo lugar, para mantener el ritmo que demanda el sistema, tal como funciona ahora, la conciliación lo que exige es trabajar más. Eso lo dicen mujeres con carrera profesional brillante: que la conciliación no resuelve el problema de gestión del tiempo. Todo esto que está bullendo entre las mujeres, este malestar, me parece muy interesante.

Ramón Zallo: Estamos en una especie de perplejidad permanente y que ya dura mucho. No hay nuevas alternativas definidas que sean compartidas; sí que las hay ideadas, pero no son compartidas entre los mismos grupos. Por eso un encuentro entre aquellos que tienen otra manera de pensar, otra manera de plantear el futuro, sería muy bueno. Y luego naturalmente contrastar esos contenidos alternativos con la orfandad del propio sistema para salir hacia delante. Una herramienta, que sobre el terreno puede ayudar bastante son los indicadores del estado de salud de un país o del planeta. Por ejemplo en el debate que tenemos se podrían utilizar los propios paradigmas del sistema de sostenibilidad, de igualdad, diversidad, bienestar, eficiencia del conocimiento, para establecer un tipo de indicadores que permitan percibir los cambios en positivo o negativo que se van a producir en cada uno de estos ámbitos.

Pedro Ibarra: ¿En qué medida estamos contraponiendo dos formas de vida colectiva que son incompatibles? La lógica capitalista es la que es, no podemos engañarnos. Está basada en la ganancia, la contabilidad, la productividad, la competencia y el trabajo asalariado. Eso genera como mínimo una crisis de supervivencia por un lado y una desigualdad creciente por otro. Frente a eso, decimos no. Parece que pueden tener sentido, ser posibles y deseables, formas de vida basadas en otra lógica. Sería la alternativa de un salario no dependiente, del reparto,

del ocio, de la cooperación. ¿Son formas de vida compatibles? Tengo dudas muy serias. Y si no son compatibles, lo que hay son pequeñas islas de experiencias alternativas que viven dentro del sistema como experiencias marginales, limitadas, que el sistema tolera.

Pedro Arrojo: Por un lado, parece que la lógica del mercado se impone, va ganando terreno. Pero lo que se ha producido en el tema del agua, quizá porque está muy vinculado al espacio de la vida, ha sido una crisis prematura, antes que en otros terrenos. La gente ha dicho: «¡No, que no me privaticen esto!» Ha habido una bronca contra la privatización, antes que en otras cosas que aparentemente también deberían ser motivo de conflicto. Hay que saber ver qué cosas sabe hacer el mercado, y en qué cosas ni supo, ni sabe, ni sabrá y, por tanto, hay que dejarlas al margen de su lógica, no sólo de la del mercado, sino de la lógica de los bienes de cambio, de intercambio.

En el tema del agua, lo veo muy claro; ahí es posible discernir, arrebatar espacios que hemos dejado que sean copados por el mercado, desde esa mitificación según la cual poco menos que podríamos disolver ya los parlamentos porque el mercado se va a encargar con su mano invisible. En el caso del agua podemos decir «este espacio no es del mercado, este espacio es res pública» y se articula en un territorio de derechos y deberes, de redes: mide el interés general. Es la res pública, la cosa del pueblo, y por lo tanto las reglas de juego, de funcionamiento, se deben hacer en nombre del interés general. Y dentro de todo eso, aún le queda un espacio importante al mercado, porque el mercado sabe hacer ciertas cosas.

Stefano Puddu: Por un lado, la lógica del mercado ha forjado un modelo basado en el concepto de excelencia. Por otro lado, hay el planteamiento que resumió muy bien Ghandi cuando dijo «tenemos que vivir simplemente, para que otros puedan, simplemente, vivir». Sería el modelo de la suficiencia. Si juntamos estas dos fórmulas, yo creo que podemos construir un modelo basado en la excelencia de la suficiencia, es decir, que reconfigure nuestro imaginario de excelencia sobre un objetivo de suficiencia para todos. Nos incumbe intentar llegar a una vida mejor manteniéndonos en el nivel de la suficiencia.

Oriol Leira: Sobre los movimientos pequeños y la capacidad que tienen de influir, éste es un tema que me preocupa. Cuando hemos estado en contacto con gente de la Entesa pel decreixement, el movimiento por el decrecimiento aquí en Cataluña, en reuniones y otras actividades, siempre he comentado lo mismo: «Stefano, me gusta estar en contacto con esta gente pero no estamos en el mundo real.» Es un mundo real, sí, pero pequeño, en el que se sobreentiende que nosotros somos los buenos, los que sabemos, los iluminados, y los otros, el resto de la sociedad, no. A mí esto me desagrade muchísimo porque no me siento una persona iluminada, nunca he sido una persona iluminada. Me gustaría más hacer cosas que cambiaran

aspectos de la vida cotidiana de todo el mundo.

Enric Tello: De alguna manera este tipo de propuestas que están encima de la mesa apuntarían a lo que podríamos llamar una nueva socialdemocracia verde o un pacto Keynesiano verde, un nuevo estado del bienestar que tratara de afrontar esta cuestión y otras. Quizá no sea del todo imposible, pero me parece poco probable. Las luchas que precedieron al primer Estado del bienestar fueron enormemente violentas y hay que tratar de pensar en un entorno de no violencia, tratar de cambiar las tendencias con maneras de conducir el conflicto hacia formas no violentas. Esa, además, me parece una parte fundamental de la cuestión, porque los desafíos son tan graves que si las respuestas de la gente fueran de miedo, de pánico, de sensación de ausencia de alternativas y de salidas, podríamos esperar que la gente sacara de sí misma lo peor y con estos mimbres no se construye una sociedad mejor.

Stefano Puddu: Una buena transición sería un pequeño milagro, en el caso que se pudiera producir. La cultura de la no violencia en este momento es extremadamente minoritaria. Tendríamos que elaborar una versión de la radicalidad en el sentido de la inclusividad. Es decir, proponer cosas que sean radicales en el sentido de que sean incluyentes para una gran mayoría de personas, que las pueda practicar la mayoría. Por lo tanto que no sean radicales porque quieren ser las más extremas, sino porque son las más sencillas y practicables y pueden mover un cambio a partir de esta raíz. Aquí hay muchos temas, por ejemplo la creación de dinero. Si se encontrara una forma de resocializar la creación de dinero a través de la deuda, que ahora es una facultad de los bancos que utilizan en beneficio propio, esto podría abrir paso a fórmulas con muchas consecuencias, empezando por medidas como la renta básica. Desde este punto de vista, si se regulan las grandes disfunciones, se podrían buscar mecanismos redistributivos que es la otra pata coja de todo el sistema; un sistema que funciona muy bien para acumular y funciona muy mal para redistribuir. Establecer a qué nivel se pueden hacer estas regulaciones ya es más difícil, pero hay que introducir mecanismos de regulación y, de hecho, hay muchas propuestas en este sentido: desde la tasa Tobin a, por ejemplo, quitar del mercado el recurso tierra. La tierra podría volver a ser como un patrón de valor económico que es lo que ahora nos falta. Otra propuesta es que la moneda, el dinero, sea más informativo. Si se eliminara la moneda opaca y todo el flujo económico tuviera siempre el rastro de las transacciones que se hacen entre actores, se podría eliminar toda la parte ilegal, de corrupción, de mafias, de blanqueo de dinero negro. Incluso habría la posibilidad de intervenir en sectores de la economía que en este momento mandan mucho porque tienen mucho poder de influir sobre la toma de decisiones pero que a la vez tienen la capacidad de no dejar rastro de sus actuaciones.

Pedro Arrojo: Habrá que seguir proyectando, habrá que seguir soñando cómo hacer las cosas, pero se va a proyectar o a activar de manera diferente si vamos a buscar una dinámica de confrontación o si se entiende que hay caminos de pacto. Una idea que podría servir para

alumbrar un poco ese territorio, sería la del egoísmo inteligente y pragmático del mundo anglosajón. En el tema del agua al mirar qué legislación está generando Europa, y compararla con el resto del mundo, dices: aquí hay leyes que van siendo cada vez más sólidas, hay elementos de cierta fortaleza y cohesión. No es que haya una mayoría de convicción ecologista en un sentido profundo, ético o íntegro, por así decir, hay lo que yo llamo egoísmo inteligente. Esto nos muestra que, en determinados momentos, y también gracias a la presión y a las propuestas de quienes piensan en un mundo diferente, el sistema tiene cierta capacidad de reforma por puro egoísmo inteligente.

Alfonso Dubois: Algo que está en el trasfondo es que ya no se puede gobernar como antes y tenemos que saber el margen con que contamos para poder gobernar de otra forma una realidad diferente. Eso quiere decir que tenemos que encontrar nuevas instituciones. Me parece muy interesante la idea de inclusividad, de hacer cambios radicales para una buena gobernanza. La mayor legitimidad la tendremos cuanto mayor sea la inclusión de personas en el nuevo esquema de funcionamiento. El objetivo debe ser que se integre el mayor número posible, no en proponer fórmulas para quienes estamos convencidos de la necesidad de cambios. Por eso me gusta la expresión de la inclusividad como una nueva radicalidad que nos obliga a pensar. Por lo que se refiere a la población, me interesa el tema de la movilidad de las personas. Hay ahí una realidad nueva: quizá las personas no nos movemos físicamente, pero nos estamos moviendo con el intercambio de ideas, con la comunicación a través de la red. Al terminar el siglo xx, ha empezado una sociedad urbana donde casi el sesenta por ciento de la población del mundo vive en ciudades y esto es un cambio fantástico respecto a épocas anteriores. Debemos empezar a pensar con estas nuevas categorías porque esa realidad va a ser el gran desafío de nuestro tiempo.

Ramón Zallo: Hace falta dar una respuesta global a la escala de lo que se está planteando. Viene a cuento la expresión «programa de transición» en el sentido de cómo hilar el hecho de tener cierto proyecto a largo plazo, con los conflictos que existen a corto plazo, teniendo en cuenta además los estados de conciencia en la población, dado que no se trata de inventar reivindicaciones, sino de que sean realmente plausibles para sectores de población. Por ejemplo, la idea de la ampliación del salario social hasta niveles que permitan a la gente vivir; y hacerlo además con un cierto carácter general, de tal manera que el sistema garantice unos mínimos vitales que respeten la dignidad de las personas. Otro ejemplo, el concepto de igualdad de oportunidades, que es muy viejo y ahora mismo está bastante deteriorado por las crecientes desigualdades. O ahí está el concepto accesibilidad que a mi me parece que tiene bastantes virtualidades en el tiempo, por ejemplo, acceso a la vivienda que significa no tanto tenerla en propiedad como garantía de alquileres baratos. El concepto de servicio público trasladado a los nuevos modelos de servicios, por ejemplo que haya portales públicos que te garantice, el acceso a Internet. Luego está la lógica de la redistribución que tendríamos que aplicar al mundo de la inmigración cada vez más presente. En resumen, primero hay que tener un modelo con ideas claras y a partir de ahí ver cuál es ese ámbito de transición que permite conectar con las realidades concretas. Luego hay dos vías combinables: una, la vieja lógica de

los procesos de presión, lo que significa organización y pensar los sujetos; y dos, la lógica de la concertación desde la presión, en clave ya sea de gobernanza, ya sea de otro modelo con el que llegas a un punto de acuerdo, en un momento dado, con todo lo transitorio que eso sea.

Elena Grau: Se ha hablado de estas minorías motoras que experimentan, exploran, desenganchándose del sistema; y también de la posibilidad que acaben creando islas. Que las islas funcionen con otra lógica, pero amenazadas con el aislamiento o el ser tragadas por el sistema. Ahora, en cambio, estaba pensando en la transformación que hemos hecho las mujeres, orientadas sin duda por una minoría motora exploradora que son las feministas, pero realizada por la mayoría de las mujeres. Este cambio, que ha sido una revolución cultural y relacional, ha consistido en modificar la relación entre mujeres y hombres. Una de las cosas que las mujeres hemos experimentado a lo largo del siglo xx ha sido el vivir a la vez dentro y fuera del orden patriarcal, lo que nos permitía pensar desde otro lado y orientarnos en otra dirección. De ahí creo que se puede aprender: tú puedes estar dentro de la lógica capitalista y fuera de ésta lógica. Esto significa aceptar la incertidumbre, aceptar lo imprevisible. De hecho, los resultados de la revolución de las mujeres no son los que preveían aquellas que iniciaron el feminismo de la segunda oleada en los años setenta. La experimentación está en esa apertura y en esa capacidad de pensar dentro y fuera. Otro elemento salido de la exploración es el aprendizaje, que las mujeres hemos hecho, que para transformar hay que modificarse, porque modificarse una o uno es la clave para modificar la relación con los otros y otras. Esto nos lleva a una práctica, que en el feminismo se llamaba de la autoconciencia, de reflexionar sobre la propia experiencia; es decir, preguntarte por lo que vives y poner palabras a lo que estás analizando de tu propia experiencia. Siempre que se ponen palabras emergen realidades —malestares, descontentos pero también prácticas excéntricas o alternativas respecto a lo normalizado— que existían pero no se habían dicho y estas realidades tienen que ver con lo que vivimos las personas pero queda soterrado bajo el discurso ideológico, que pretende encajarnos en determinados carriles. Este camino para la transformación me parece lento pero en profundidad. Otra cosa sería pensar en situaciones en las que se dan movilizaciones importantes, entendidas como momentos de actividad visible por parte de mucha gente; este es otro nivel, pero un ámbito no niega los otros. Es verdad que hay momentos en que cuajan ideas fuerza que abren el horizonte de las personas y éstas se movilizan. Es otra escala que se puede dar de manera simultánea o en un momento distinto y tampoco excluye otros tipos de incidencia como puede ser la legislativa, de regulaciones, etc.

Enric Tello: Desengancharse del sistema, estar dentro y estar fuera. Habría que cuidar especialmente la relación entre esos dos lados de la tarea, trabajar para abrir espacios que no son islas sino espacios de sostén de un distanciamiento del sistema. Pero no un distanciamiento retórico, estamos hartos de retórica y las grandes palabras no convencen si no se practican, si no son vividas. La clave es transformar la relación, es transformando la relación y creando nuevas relaciones como se cambia el sistema. El asunto es caminar y ofrecer la oportunidad de distanciarse porque eso es lo que da fuerza luego para oponerse y si hace falta salir a la calle. Es recuperar esa idea de que es posible cambiar y hacerlo en los dos ámbitos

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

que decíamos. El ámbito de lo más amplio, inclusivo, que permitirá avances que son radicales, como decía Stefano, pero también a la vez moderados y quizás más lentos. Y el ámbito de pequeño grupo que experimenta más allá y que abre línea de horizonte prefigurando otros pasos decisivos.

Anna Bosch: Hasta hace poco hemos acostumbrado a analizarlo todo desde unos parámetros, con unas herramientas teóricas, partiendo de unos conceptos bastante inamovibles; a lo mejor nos sucede que estamos un poco prisioneros de estos esquemas. Y para entender mejor lo que ocurre, una de las cosas que a lo mejor habría que cuestionar es la propia idea de que necesitamos un modelo. ¿No será que la idea de modelo en ella misma tiene mucho que ver con una manera de entender el mundo y que a lo mejor habría que pensar otras formas que nos sirvieran de pauta para trabajar en unas direcciones diferentes? Tal vez la idea de modelo esté demasiado contaminada por los valores de los sistemas que hasta ahora tenemos. El modelo es algo definido previamente, algo cerrado. Y una de las realidades que nos ha enseñado la historia es que cuando se intenta aplicar un modelo ya concebido, automáticamente debe utilizarse la fuerza, el autoritarismo. Nunca se ha cuestionado que quizá el problema sea el mismo concepto de modelo, pero tal vez existe la necesidad imperiosa de empezar a pensar en conceptos abiertos y no en conceptos cerrados. Podríamos pensar un modelo que constantemente se construye y se reconstruye a sí mismo a partir del contacto con la realidad. Si el modelo no está establecido y cerrado, tampoco puede haber una transición en la que hay que ir haciendo pasos establecidos. De alguna forma, coincidiendo con esta idea abierta, en construcción, la transición sería a la vez mecanismo de configuración del modelo abierto. Es esta constante interacción con la realidad la que nos tiene que ayudar a avanzar conjuntamente la propuesta, la ejecución, la constatación de los resultados, el análisis, el aprendizaje, la renovación de la propuesta; y a lo mejor esto, a la larga, va construyendo modelo. Seguramente este proceso debería estar compuesto no de grandes cosas, sino de cosas pequeñas. Hay que aprender a ver que en lo pequeño, en las pequeñas propuestas que tienen ámbitos geográficos, sectoriales o de comunidades humanas más pequeñas, puede haber una gran capacidad transformadora. Las semillas de lo transformador no tienen por qué estar en lo grande, las semillas son pequeñas, pueden estar perfectamente en lo pequeño. En el momento en que nos planteamos trabajar sin modelos preestablecidos cerrados, necesitamos algo que nos oriente, y en eso tendrían razón los marxistas en el sentido de que si no sabemos hacia donde vamos, seguramente no llegaremos a ninguna parte. Pero en cuanto a los valores, a diferencia del tema de los modelos, o de las estrategias que deben ser abiertos, el sistema de valores sí que es algo indiscutible, lo que nos orienta. Si tenemos claros cuáles son los valores creo que no nos vamos a equivocar.

Isabel Ribera: Yo quiero insistir en la incertidumbre, lo digo ahora especialmente para los varones. La incertidumbre que provoca el estar dentro y fuera. A nosotras ahora la incertidumbre nos da menos miedo, estamos más bien que mal en ella. Esta es una experiencia de mujeres, no sé si es una experiencia también de varones. Reflexionando individualmente y colectivamente sobre esta incertidumbre; nuestra experiencia es que

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

provoca zozobra pero es creativa. Otra cosa es la desconfianza en la fuerza de lo pequeño y difuso, que otra vez tiene que ver con las mujeres. Repensando ahora el tema de las minorías motoras, realmente el porcentaje de mujeres activas en el feminismo respecto al total de la población femenina es muy pequeño y sin embargo ha modificado la realidad. Hay cosas pequeñas que tienen un gran valor simbólico, una gran fuerza simbólica. En el caso del feminismo se dio una combinación de lo pequeño difuso, aparentemente desconectado y sin fuerza transformadora, con la potencia de lo simbólico.

Stefano Puddu: Hace dos años un amigo escribió un libro que tiene como subtítulo, Jugar con la catástrofe, para una nueva pedagogía del cambio. Yo creo que el juego es una de esas actividades en que tú puedes estar dentro y estar fuera casi simultáneamente. Cuando juegas, te estás sometiendo a unas reglas dentro del marco del juego y te involucras y te implicas, pero tienes también la posibilidad de salir, mirarlo desde fuera y valorarlo. El juego es interesante como noción, no el juego como diversión sino como experimento con la realidad, como actividad de ensayo y error. Es muy importante hacer esta experimentación creativa con las contradicciones, incluso con nuestras contradicciones; tenemos que entrar en una etapa de relación más creativa con las contradicciones en las que vivimos.

Quiero hacer un paso atrás y volver al tema de la violencia. Hay situaciones en que la interiorización de la sumisión es tanta que al final una relación injusta no se presenta como violencia. Esta sería violencia simbólica. Por otra parte, el sistema económico que hemos construido tiene unos niveles de violencia estructural muy altos. Por ejemplo, en las relaciones entre empresas, a mí me han explicado estrategias que consisten en entrar en un mercado y actuar en lo económico «matando» empresas sin contemplaciones y por lo tanto provocando situaciones de miseria o de desastre para mucha gente. En este contexto de violencia hiperactiva, la depresión se debería considerar un acto político de rechazo de un mundo que te obliga a estar siempre en forma, siempre cambiando de costumbres, siempre comprando, siempre consumiendo. La depresión se podría plantear como un acto político para rebelarse e intentar salir de este mecanismo aunque se interprete al revés: como muestra individual de impotencia.

Carmen Magallón: El sistema genera insatisfacción. Estaba pensando en el libro que ha escrito Jonan Fernández, Aprender a convivir. El autor da cuatro nociones que conectan con las propuestas del estar dentro y fuera, también con el problema de la violencia. Primero, tener conciencia del límite pero llevándolo al terreno personal, no el límite que viene impuesto desde fuera como finitud de los recursos, sino como límite interior. El segundo punto es el agradecimiento; frente a la insatisfacción, tendríamos que resaltar y agradecer lo que tenemos, que es mucho. Luego propone conectar con la propia conciencia como algo que te puede orientar a la hora de tomar decisiones. Y, finalmente, en un plano más colectivo apostar por la ética. Me parece que su reflexión tiene relación con la posibilidad de estar fuera y dentro, de

recrear experiencias que pueden ser significativas para desviarse de esta sociedad de consumo, desviarse estando. Alessandra Bocchetti dice, no tenemos acceso a algo nuevo a partir de lo que carecemos, sino a partir de lo que poseemos. Vamos, pues, a mirar en positivo. En cambio, la mirada positiva de la depresión como acto político no me convence porque es el desconectar de la realidad. Para acabar, me gustaría introducir el tema de la espiritualidad porque sólo tratamos el asunto de la crisis de los recursos materiales, de los recursos naturales, y sin embargo es de resaltar que también hemos dejado de lado la espiritualidad, tan humana y necesaria, reduciéndola al plano de la religión, que no es lo mismo.

Pedro Ibarra: La situación es muy dramática y la escala de la desigualdad cada vez más brutal. La capacidad del sistema de hacer un discurso de reajuste está en lo viejo, lo de siempre. Frente a eso, me pregunto por las respuestas que estamos dando aquí y ahora. Vamos a definir algunas de ellas como experiencias alternativas contaminantes desde fuera hacia dentro, no sería el tema del islote, sino que desde fuera se estaría al mismo tiempo transmitiendo la experiencia a un espacio más amplio, de modo que vaya cambiando. ¿Pero eso va a cambiar esta situación de emergencia, o no se trata de una situación de emergencia? ¿Eso va a romper la creciente desigualdad? A lo mejor hay oportunidades para hacer preguntas más grandes y quizás en un plazo no tan largo hay respuestas más grandes. En el debate se han dado respuestas sistémicas, son respuestas que exigen entrar en el corazón del poder: socializar la tierra, regular de forma estricta el sistema de mercado, crear un salario social, nacionalizar la banca, etc. Tal vez tendríamos que entrar más en este tipo de propuestas, porque yo creo que hay oportunidades para hacerlo.

Enric Tello: El asunto de la urgencia hay que tomárselo de otra manera. Como probablemente no hay una crisis, o quizá sí pero en un sentido sistémico muy profundo que en realidad se manifiesta en varias crisis con momentos distintos, puede ocurrir que entre las crisis se generen situaciones potencialmente catastróficas, de colapso. Pero también puede ocurrir lo contrario, es decir, que las primeras crisis generen oportunidades que abran soluciones de otro tipo; de hecho, ya ha ocurrido. Un ejemplo bastante significativo es lo que está ocurriendo en América Latina. No sólo es que el imperialismo americano hace aguas porque China y la India están creciendo como lo están haciendo; es que también estamos ante el hecho de que América Latina está en un proceso nuevo diciéndole a los Estados Unidos que se vayan al carajo. Si nos mantenemos con las reglas de juego del sistema es probable que las distintas crisis tiendan –aunque no necesariamente— a generar sinergias negativas. Pero, en la medida que nos distanciemos y cambiemos elementos de las reglas de juego, puede ocurrir lo contrario, que la solución al problema de la crisis genere soluciones en otros campos: la relocalización de las actividades y la economía mucho más cercana que ofrece oportunidades de dar valor y poder a esta dinámica de estar dentro y estar fuera y probar nuevas cosas.

Anna Bosch: Yo creo que la mejor forma de estar contra es estar a la vez dentro y fuera,

Escrito por Anna Bosch, Stefano Puddu, Oriol Leira, Carmen Magallón, Pedro Arrojo, Enric Tello
Jueves, 13 de Marzo de 2008 11:51 - Actualizado Miércoles, 16 de Marzo de 2011 14:49

porque estar dentro y estar fuera es un movimiento simbólico. Es colocarse en un lugar nuevo que pone en cuestión las reglas del sistema, el juego del sistema. Aquí está la clave, el fuera es este pequeño David que, evidentemente, no tiene respuestas a todos los grandes problemas. Pero podemos crear virus contaminantes que nos servirán para luego, estemos donde estemos, ser capaces de hacer propuestas que sean aceptables dentro del sistema pero que tengan una carga de profundidad transformadora. Los tiempos son diferentes, lógicamente, porque la fabricación de los virus es una cosa —por ejemplo todos estos debates— y luego está el hecho de activarlos en la realidad y ponerlos en las ruedas del sistema. Esos elementos serán más aceptables en la medida que estén más pensados y, por tanto, cuanto más capaces seamos de ver desde el otro lado, más capacidad tendremos para entender dónde hay que plantear estas propuestas que son reformas pero tienen contenido transformador. Es una dialéctica constante que estamos practicando y no hay respuestas absolutas, ojalá las hubiera.

Quiero plantear una última cuestión ya que me parece muy interesante el campo que se ha abierto al hablar de la espiritualidad. La idea de una espiritualidad laica, por llamarla de alguna forma, nos debería servir para pensar sobre los valores éticos. Porque al final, en el mundo en que vivimos, hay que buscar unas pautas que sean comunes a todos los seres humanos, que puedan ser asumidas. Si tuviésemos esta idea de trascendencia que lleva en sí la espiritualidad, seguramente podríamos empezar a pensar mejor en sistemas de valores éticos que nos orienten.

Torre del rellotge, Figaró, noviembre de 2008